

do y sudoroso, con un codo en la pared, sobre el codo la frente, los ojos llorosos y escupiendo de un hilo.

—¿Qué te pasa?

—La mayonesa. . . .

—Ya te lo han dicho: el pescado te hace daño y tú eres muy delicado.

—¿Quieres carbonato?

—Lo que quiero. . . . (con la vista vaga) lo que. . . . quie. . . . brrr. . . . ¡Ay Dios!

—Quítate del aire. . . . Acuéstate, hombre. Dame el brazo. . . . Jesús, traiga una escoba y limpie ahí.



DOS BESOS

ANTES

Ya la noche había tendido su misterioso manto sobre el castillo de Selva Negra. Brillaban las estrellas en la inmensidad, como si la sombra nocturna estuviera salpicada de diamantes.

Reinaba el silencio en el jardín. De cuando en cuando se oía el murmullo del río, que pasaba suspirando al chocar contra la base del castillo y al besar los juncos mecidos por la brisa.

En los árboles, los pájaros elevaban al cielo su canto de amor antes de entregarse al reposo del caliente nido.

Gemía el viento entre las ramas, como si murmurara un himno apasionado y tierno. Tañía a lo lejos la campana del convento, que con plañidero son estremecía los tenues vientos que traían en su seno la voz ronca del inmenso mar.

La luna, como un disco de plata, se había oculta-

do entre cenicientas nubes, al bogar plácida y blanca por la inmensidad.

Todo duerme en el castillo, no se ve ni una sola luz en sus ventanas góticas. Alzado está el rastrillo y la mole del pesado edificio coronado de almenas, se destaca negra e imponente en el fondo del cielo tachonado de estrellas que titilan como lágrimas de oro.

De pronto se ve una blanca figura que avanza entre los árboles; parece un fantasma, una ninfa del bosque que va a llorar sus penas al borde del arroyo cristalino que estremece la brisa llena de perfumes. ¿Quién puede ser? ¿Quién a esa hora vagará por el parque obscuro? ¿Quién es esa aparición que se detiene ante una cruz rústica que se levanta sobre un montón de piedras? Vamos a saberlo. Es Efigenia, la hija del terrible marqués de Selva Negra, que en ese momento bebe en horrible orgía con sus concubinas en los cráneos de sus siervos. Efigenia, que aprovechando la embriaguez de su padre que canta, en compañía de sus favoritas, báquicas canciones, y ha jurado sobre el puño de su espada encerrar en obscura mazmorra a Armando de la Platinière, conde de Würbten.

Efigenia ama a Armando, y por eso quiere avisarle que su padre lo persigue y debe huir lejos, muy lejos. . . . Lloro, y se miran rodar sus lágrimas por sus sonrosadas mejillas, como rueda el rocío sobre el aterciopelado pétalo de una flor. Los suspiros hincan su garganta y cae de rodillas ante la cruz; apoya su cabeza sobre las duras piedras y ora. En este momento cantan las alondras del bosque, y parece que las estrellas brillan más.

Entre tanto, el marqués de Selva Negra sigue bebiendo en el castillo y se oyen las satánicas carcajadas de sus escuderos que cantan:

*Bebamos rojo vino placenteros,
Porque el vino a la sangre se parece.*

Se oye en el bosque el galope de un caballo; la joven se sobresalta y se pone de pie. Escucha atenta.

¿Será él?

Sí, él es. . . . Resuena en el aire el canto de una ave, que es la señal convenida, y se adivina entre el follaje que una sombra salta sobre la tapia. Oprimiendo el puño de su daga avanza cautelosamente. . . . Efigenia sale a su encuentro.

—¿Eres tú? murmura en voz baja.

—Yo, Efigenia.

—¿Vienes solo?

—No, me acompaña mi bravo y fiel Beltrán, el escudero que estará en acecho por si algún traidor. . . . Y el apuesto joven, apretando los dientes, dirigió una feroz mirada al castillo. Brillan sus ojos en la sombra como los del tigre que va a arrojarse sobre su presa.

—¡Cuán angustiada me tenías! Te esperé en vano y en vano desde la torre miraba el horizonte, no aparecías en él. Creí que se te hubiese tendido una emboscada, porque el duque de Gruyère es cruel y ha perdido mi mano. . . . ¡Oh, Armando, Armando, dime que me amas, siempre, siempre!

El joven no respondió; había abatido la cabeza sobre el tronco de un árbol.

—¡Ah! dijo levantándola con fiereza, ¿qué me importa la saña de mis enemigos hallándome a tu lado? Pronto estoy a cruzar mi acero con el que me provoque, y te lo juro, o recibes el corazón sangriento y vil arrancado por mi mano al duque de Gruyère, o el cadáver de Armando de la Platinière. ¡Venganza, venganza es lo que ansía mi alma, Efigenia! ¡Mía has de ser, pues he prestado un juramento, y sabes que el juramento de un Würbten es sagrado! Los astros que me oyen son testigos de mi cariño. Efigenia, me han visto llorar cuando pensaba que eras

víctima de tu celoso padre... Y tomando la cabeza de la joven la apoyó contra su pecho; en ese momento se rasgaron las nubes y la luz de la luna iluminó de lleno a los dos jóvenes.

Ella era rubia, su cabello parecía tejido con la luz de la aurora, sus ojos azules como el cielo, que se mira en el cristal tranquilo de un lago transparente, su perfil como el sueño de un pintor, sus labios como la flor del granado y de marfil su cuello, esbelto como la cimbradora palma su talle y vestida con la blanca túnica de las vírgenes. El blanco, muy blanco, rizados bucles caían sobre sus hombros, alta su noble frente, negros y profundos como los del águila sus ojos, dorado bozo cubría su labio superior, que tenía todas las líneas de la fuerza, y esbelto como un joven Hércules... y vestía el traje de los caballeros... llevaba espuelas de oro y espada de grandes gavilanes con puño de oro también, incrustado de piedras preciosas... A la luz de la luna se diría que eran creación de un sueño de tañedor de cítara.

—¡Huye, mi Armando, huye lejos de aquí!... —prorrumpió la doncella— a las remotas tierras donde te espera la gloria de los vencedores, yo entretanto lloraré tu ausencia en las sombras de mi estancia y oraré sobre las frías lozas del templo. Te juro por la memoria de mi madre, esa santa que murió envenenada por tósigo fatal a manos de ocultos enemigos, que nunca te olvidaré; huye que te llevas mi alma. —Y la joven sollozando escondió su rostro en el pecho del joven.

—Sí, Efigenia, huiré porque mi rey así lo quiere, pero he de volver. No te olvidaré tampoco, porque —y el joven abatió tristemente la cabeza— porque has sido el amor único de mi vida, y te he dado en cambio cuanto tengo de corazón, Dios nos oye, juremos ante esta cruz que no hemos de olvidarnos... jamás.

—Lo juro... por la memoria...

—Lo juro por mi honor de Würbten...

La sonrosada luz de la aurora comenzaba a reir por el Oriente, los pajarillos despertaban en su nido y las flores rompían su broche sintiendo las primeras caricias del rocío...

—Ya es hora, parte... Armando. Y entrelazaron sus dedos los dos jóvenes, se miraron largo rato, y confundiéndose sus alientos y sus latidos en un éxtasis de suprema felicidad, fundieron sus almas en un casto beso.....!!!

AHORA

El alumbrado público es raro por aquellos pobrísimos y apartados rumbos, en los que a las nueve de la noche son un milagro los transeúntes. De la luz eléctrica no existe más que el poste y un farolillo de trementina pende de una cuerda atada al asatabandera de una pulquería y una T de palo casi podrido. Al sangriento reflejo de la miserable luz, las sombras se hacen más densas y apenas si tiene intensidad para arrojar al piso un trémulo círculo que arranca reflejos a la superficie espejante de una atarjea a flor de tierra.

Hay un solo gendarme para cuatro manzanas, y allá en lejanísimo crucero brilla la linterna del guardián del orden público.

El silencio es tal, que a dos calles de distancia se escucha el rasgueo de una desafinada vihuela que acompaña a un coro de ebrios que cantan en cierto «ten-dajón mixto». Un último tren repiquetea sus casca-beles en la esquina, señal inequívoca de que han dado las ocho y media.

Para robo, asalto a mano armada, plagio o cual-

quier otro atentado contra la propiedad ajena, está el tal lugar que ni mandado hacer.

El viento que sopla con fuerza, gracias al despoblado casi absoluto, imita el mugido de lejanos bueyes y arrastra las emanaciones de que se ha cargado en la *viña* no muy lejana.

Enorme y mal oliente tonel con ruedas, se pierde en los oscuros campos; se oye el apagado tañer de una campanilla que el carretero lleva colgada del fajo, somnoliento carretero que, con las riendas de la mula sueltas, canta entre dientes melancólica canción popular.

En la cercana ordeña berrean las terneras, y un perro al que no quieren abrir, lanza medrosos aullidos que imitan, con un dolor que crispa, los sollozos humanos de un desesperado.

Es la miseria del suburbio, la negrura de esos barrios abandonados en que las tapias de adobe se demoronan; fungen de puertas, mal unidas tablas, se tapan las ventanas con vidrieras de fincas desplomadas y ruinosas. Dispersos jacales dejan escapar volutas de humo, y por las junturas se adivina una hoguera de palos viejos, donde hierve el maíz. Al reflejo de esa pobre lumbre muelen el *nixtamal* las mujeres, en tanto que los niños lloran confundidos con el abuelo, el tío, la prima y el compadre, en el mismo *petate*.

Rondas de desvelados canes emigran al potrero desierto, sobre cuya tenebrosa extensión, se alza el cielo manchado por esas negras siluetas de nubes que ya parecen lejana masa de árboles, ya perfiles de montaña, ya fantástica caravana de monstruos.

Si la luna, una luna pequeña en el horizonte que engrandece el despoblado, baña con su reflejo fosforescente y pálido aquellos lugares, se platea allá la tapia, el farol apagado, el árbol miserable, pero también en la cerca contraria se dibujan negras las sombras de un tedió de jacal, de un poste que parece

un hombre o alguna ramazón escueta que finge en el piso las patas de una araña enorme, y más lejos la *viña*, la *viña* inmunda, donde relampaguean las botellas rotas, y los tepalcates de porcelana, la *viña* donde los perros enflaquecidos por el hambre remueven las basuras, royendo un hueso calcinado por el sol, la suela de un zapato deformado por la lluvia o la momia asoleada de un gato hundido en el lodo con el vientre hendido. Siniestro ruido provoca el husmeador mendigo en ese cementerio de los desechos inservibles.

Se necesita ser muy hombre para aventurarse por aquellas callejuelas, donde los perros acometen y los gatos elevan trémulas serenatas al borde de todas las tapias, y sin embargo, hay alguien que se resguarda en la sombra del gran portón de la ordeña, fuma y el clavo del cigarro lo denuncia; tose y los ecos le responden; escupe y el chasquido de la saliva resuena en las losas, con un ruido metálico. Espera, porque ve la hora al fulgor del cigarro, con impaciencia. El gendarme debe conocerlo, porque al pasar e iluminarle la cara con la linterna, le ha dicho:

—Buenas noches, don Antonio, ha dejado la linterna en el suelo, le ha pedido la lumbre y se ha puesto a dialogar para despedirse riéndose, en tanto que el misterioso fumador lanza al aire un silvido: el dúo de los paraguas del «Año pasado por agua».

Suenan muy lejos las diez y cuarto, y como si fuera la hora convenida, se abre una ventana sin barandal, en la casa más decente del lugar, casa que queda frente de la ordeña. Ni una tos, ni una seña, ni un *pischt*, nada. . . . Aparece una joven envuelta en un rebozo, con vestido de percal, y don Antonio atraviesa la calle.

—¿Carmelita?

—Toño. . . . No hables recio, no sea que oigan. . . .

—¿Pues qué no se ha acostado tu mamá?

—Sí, desde las nueve, pero la oí toser hace un rato y no sea que esté despierta. . . .

—¿Qué estabas haciendo?

—Pues lo de siempre, ya sabes: me quedé en el comedor dizque tejiendo.

—¿Ya vino Pepe?

—No, se fué no sé adonde. . . . Llega con seguridad después de las once. . . . Se llevó la llave del zaguán y su capa. . . . Se salió la criada, así es que manda al muchachito por las cartas. ¿Y tú, por qué no pasaste en el tren a la una?

—Salimos tarde y me entretuvo Marcos, ya sabes que de que lo coge a uno, ni modo. . . . Si hay días que espero la noche como no puedes figurarte. Ya ves, es la única hora en que podemos hablar a gusto.

—Sí, pero no creas, me quedo con el *Jesús* en la boca, me da un miedo que te vayas tan tarde, por estas calles tan feas. . . .

—¿Qué me ha de pasar?

—Que te salga alguno. . . . hay gente mala.

—¡Ah que tú, ni que fuera un chiquitito!

—No, pero siempre. El otro día qué tal. . . . a don Anselmo. . . .

—Será, pero para los que me salgan, mira lo que traigo.

—No la saques, Toño, ya sabes que las pistolas me dan mucho horror. No me gusta que cargues armas: un día se te sale un tiro, las carga el diablo. . . . ¿Y has pensado mucho en mí hoy?

—Como siempre, ya te lo he dicho: tú eres mí. . . .

—Sí, pero no me toques. . . . Ya sabes que no me gusta.

—Quería ver tu alianza.

—Pues la puedes ver sin necesidad de cogerme la mano. . . . ¡tentón!

—Ahora enójate. No sé qué tenga de particular.

—No me enojo, pero eso no es bien hecho. Ha-

blemos de otra cosa. ¿Qué sucede, te vas siempre a Morelia?

—Mañana.

—¿Y yo que te lo creo!

—¡Palabra! He venido sólo a eso, a despedirme, pero me recibes con tal modo, que. . . .

—¡Mentiroso!

—Formal. Hablemos en serio: mira los boletos (echando atrás la capa, sacando una cartera y mostrando los verdes papelitos.)

—Y ahora no voy a dormir. De que tú te vas me enfermo. ¿Cuántos días te vas a estar? (con rostro compungido.)

—Pues no sé, eso depende. . . . Pero de todos modos, ya estaré aquí la semana que entra.

—¡Dios lo oiga! ¿Qué horas son?

—Déjame ver. . . . (sacando el reloj y los cerillos.)

—¡No, no enciendas luz!

—¿Y con qué veo? No se distingue. . . . ¡Vaya, sí! Tres cuartos para las once.

—Pues vete, ya es muy tarde y no sea que venga Pepe. ¿A qué horas sale el tren?

—A las siete.

—He de oír el pito, se oye hasta acá. ¡Anda, vete!

—Pues despídete.

—Ya me despedí. . . .

—No, pero dame la mano.

—No, porque me dejas doliendo los huesos.

—No. . . . (Con terneza.)

—¡Suelta! . . . (Suplicante.)

—Está bueno, me iré sin despedida. . . . (Secamente.)

—¡Enojón, adiós! ¡Venga pronto! (En un arranque.)

—¡Adiós! . . . (Apasionadamente.)

—¿Toño? (Desasiendo su cabeza de las manos del joven.)

—¡En la frente! . . . (Suplicante.)

—¡Van a oír!... <Aterrada.>

—¡Adiós!... <A traición.>

—¡No seas así!... <Desconcertada.>

Sonó un beso furtivo, y como su epílogo, estas palabras:

—¿Ya ves por qué no me gusta hablar por la ventana?

.....

.....

¡SI LA NIÑA SUPIERA!

I

Los niños no habían querido ir a merendar al comedor, la vasta pieza era muy fría, molestábales el intenso chorro de luz de la lámpara del centro, y además, les producía un miedo profundo atravesar para llegar hasta él algunas piezas oscuras. En una de ellas estaba la cama y demás muebles que usara en vida su madre, muerta hacía unos pocos meses. Le habían cambiado alfombras, tapicerías, todo, y sin embargo, el olor que nadie notaba, lo notaban ellos, el terror daba a sus olfatos una sensibilidad tal, que percibían una cantidad imponderable de ácido fénico, y el ácido fénico olía a muerto. Así es que las niñas Adela y Marta con Luisillo el diquitín, se quedaban en un cuarto, acompañadas por las criadas. Tendíase una servilleta en una mesita baja, de costura, y ahí se les servía el café, en tanto que el diquitillo se solía quedar dormido sobre la alfombra, con